THE HORUS HERESY®

HOWL OF THE HEARTHWORLD

Aaron Dembski-Bowden



In accordance with Malcador's decree, Leman Russ sends his greatest warriors to watch over Rogal Dorn on Terra



LA HEREJÍA DE HORUS

AULLIDO DE FENRIS

AARON DEMBSKI-BOWDEN



Iceman



Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

LEMAN RUSS	Primarca de los Lobos Espaciales

La Legión de los Lobos Espaciales por decreto de Russ y Malcador

KARGIR	Maestro de manada o sargento de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “ *Trece Estrellas Fugaces*”
JAURMAG	Jarl, en terrano capitán de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “ *el Sonriente* “
VAEGR	Hermano de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “*Eco de tres héroes* “
ORDUN	Hermano de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “*Hijo de la noche*”
BRANDWYN	Hermano de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “*Hijo de la tormentahere*
HEREK	Hermano de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “*Canción de hierro*”
RYKATH	Hermano de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, “*Ningún enemigo permanece*”

NAUKRIN	Sacerdote rúnico o bibliotecario de la 19ª escuadra el Aullido de Fenris de Tolv, en terrano la 12ª Gran compañía del Rout, en terrano, de los Lobos espaciales, "*Lucha en el invierno final*"

Consejo de Terra en la nave Damarchus

QUILYM YEI	Representante del regente

Su nombre era 'Trece Estrellas Fugaces'. Fue él quien escupió en el suelo frente al 'Señor del Invierno y la Guerra'.

-Aquí está tu respuesta, Russ.

El 'Señor del Invierno y la Guerra' era un rey sin trono. Cuando los miembros del tribunal de guerreros se reunieron para el juicio de sangre de los 'Einherjat' (los espíritus de los guerreros muertos en batalla, nt), lo hicieron sobre la tierra desnuda. Cada alma se igualo a la de sus Hermanos y todos los guerreros presentes sabían que el día terminaría con la caída del hacha del verdugo.

Todas las miradas se posaron sobre las seis almas que esperaban el juicio bajo la lluvia de la tormenta. Ninguno de ellos había hecho intención de formar, pero su instinto hizo que cada uno de los guerreros en pie, estuvieran lo suficientemente separados entre sí como para extraer y blandir sus espadas. La lluvia empapaba a los Hermanos que estaban ante su señor, empapando sus pieles de lobo y dando un brillo grasiento a su ceramita gris.

El viento aún llevaba el hedor químico del combustible quemado, un legado del reciente descenso planetario de la Legión. Ningún tribunal de guerreros se podía convocar en el vacío, la tradición era la tradición, ni siquiera el 'Señor del Invierno y la Guerra' podía decretar lo contrario. Terrestres y Fenrisianos tenían el mismo derecho a morir con sus botas pisando una tierra honesta.

Jarls y Thegns de otras compañías formaban un anillo alrededor de los acusados. Armados y blindados para la batalla, esos caciques murmuraban entre ellos, con voces tan profundas y bajas como la de osos que despertaran.

En lugar de insignificantes monedas, se intercambiaron entre ellos talismanes y amuletos, mientras apostaban entre ellos, sin ningún pudor, sobre las vidas de sus parientes.

Por fin, Russ hablo. Los extranjeros a menudo comparaban su voz con el gruñido de un canido, sin embargo, aquí entre sus hijos, él solo era uno más entre muchos con un toque salvaje en sus palabras.

-Esta es la última negativa que oiré por parte del 'Aullido de Fenris'.

'Trece Estrellas Fugaces' asintió con la cabeza. -Entonces no vuelva a preguntarnos.

El alto rey sonrió, sus ojos brillaban mientras mostraba sus colmillos. Él no tenía edad, de la forma en la que solo los dioses menores no tienen edad, pero tenía cicatrices, en una cantidad y manera que nunca tendría un cobarde. Dos lobos merodeaban a sus flancos, ambos leales y buenos cazadores. El 'Señor del Invierno y la Guerra' movió sus brazos para acariciar la piel de la bestia más cercana con sus enguantados dedos.

-Les ofrezco todo un honor- dijo -y me devuelven un desafío.

-Nos ha ofrecido el destierro, mi rey. Y lo rechazamos. Nos quedaremos y cazaremos. Lucharemos junto a la Legión, para eso hemos nacido.

-Ya veo.

El Imperio podría conocer al Primarca por una gran cantidad de nombres y de títulos, pero para sus guerreros, él era simplemente el 'Señor del Invierno y la Guerra', o más recientemente el 'Russ', descendiente de una de las primeras, más noble y vieja tribu, los Russ.

Y ante el desafío de su hijo, Leman Russ seguía sonriendo. Una morbosa alegría torció las cicatrices de sus curtidas facciones. En privado se preguntó, como solía hacer en aquellas situaciones, si la lluvia sería un presagio. Si así era, le pareció muy poco sutil.

-Usted sabe que estoy en mi derecho, dentro del juicio de sangre, a tomar sus cabezas por esto. ¿Tantas ganas tiene el 'Aullido de Fenris' de entregar sus cabezas al filo de mi espada?

'Trece Estrellas Fugaces' dio un paso hacia adelante, orgulloso de su mutilada armadura portada en la Cruzada, más orgulloso aún de la capa de piel marrón ahora convertido en negro por la lluvia de la naciente tormenta. Por el cómputo de su pueblo, 'Trece Estrellas Fugaces' era un anciano, uno de los primeros lobos de Fenris que viajo al lado de su Primarca, con cicatrices, pero aún respirando, pese a todo lo que la galaxia le había lanzado. Muchos de la primera generación de Fenris ya habían partido, convertidos en cenizas y conservados en la memoria, caídos en

alguna de las miles de batallas libradas por el Vlka Fenryka a través de todo el emergente Imperio. La mayoría de los supervivientes hacía tiempo que habían salido de las filas de los simples guerreros, promovidos con todos los honores a la Guardia del Lobo o se habían ganado el derecho de comandar Compañías enteras.

'Trece Estrella Fugaces' había luchado duro, pero no para ascender, lo hizo para quedarse precisamente donde estaba. Era un cazador, un acosador, un rastreador, un asesino, prefería dejar la logística y el mando de los ejércitos o la dirección de las naves de guerra a otros hombres. Su lugar estaba junto a su manada, conduciendo el 'Aullido de Fenris' a través del humo y de la sangre, con un hacha en una mano y un rugido en la garganta.

Se rasco la barbilla a través de su trenzada barba con unos dedos llenos de anillos de marfil. A él, le podría parecer que fue ayer cuando su barba había sido negra con manchas de color blanco, ahora, era blanca con vetas grises. Un guerrero podía luchar contra todo, excepto contra el tiempo y el destino.

Antes de hablar, 'Trece Estrellas Fugaces' frunció los labios para mostrar sus largos colmillos, el franco gesto de un anciano que comparte su sabiduría con un cachorro.

-No es ningún honor, mi rey. Es el destierro. No me importa lo mucho que usted jure que es nuestro deber como héroes, el exilio sigue siendo el exilio.

Russ dirigió una sonrisa llena de colmillos a los demás jefes de guerra. -El Sigilita nos lo pidió a nosotros, Hermanos. Respondedme la verdad, aquí en la corte de los guerreros ¿no veis el honor en todo esto? El mismísimo Regente de Terra nos suplica que observemos a los Señores de las otras Legiones.

Algunos de los Thegns golpearon los puños contra sus corazas, mientras que otros dieron una ovación poco más alta que un murmullo. Russ sonrío ante una exhibición de entusiasmo tan tibia. Era muy consciente de que se trataba de un trabajo que ninguno de ellos deseaba y aún amaba más a sus hijos por su honestidad al decirlo. Pero el deber era el deber.

'Trece Estrellas Fugaces' no se inmutó. Sus duros rasgos, desgastados por el tiempo, oscurecidos por interminables guerras y bajo innumerables soles, miraron con rotundidad a su rey.

-Si Malcador pide observadores, pues que envíe observadores. Nosotros somos guerreros, Russ.

-Y sin embargo, el resto de las manadas lo han aceptado, sin este hedor a rebelión.

-¡No es nuestro lugar!- 'Trece Estrellas Fugaces' enseñó los dientes en una mueca, mientras la saliva pulverizada surgía de sus apretadas mandíbulas. -Hemos hablado tanto con 'Sombra de la Luna Baja' como con 'La Voz de la Noche'. Y les envía a la batalla, incluso aunque eso signifique servir con otras legiones. Sin embargo, a nosotros, nos envía lejos de toda esperanza de guerra. Las otras manadas no le desafiaron, porque no quedarán encadenadas en una bodega de carga y enviados a Terra. A ellos se les ofrece nuevos campos de batalla. A nosotros sólo nos ofreces el exilio.

Russ ya no sonreía. Podía ser orgulloso, pero no era demasiado paciente.

-La hora de la saliva y el pesar ha pasado, ahora, la responsabilidad recae sobre nosotros. Malcador me hizo esta petición y yo le proporcionare lo que necesite.

'Trece Estrellas Fugaces' negó con la cabeza, mientras la derrota se arrastraba ya por su columna vertebral. No ocultaba la rabia de sus ojos, pero era la furia de una bestia apaleada.

-Nosotros no somos sus esclavos, como para mandarnos por capricho de aquí para allá. Rogal Dorn no necesita a una manada arrastrándose tras sus talones. Y si lo necesita, el Imperio ya está perdido. No hay honor en este exilio a Terra, Russ. ¿Cómo vamos a sentirnos orgullosos de la batalla, en un destino de paz? La suerte de ganaderos, comerciantes y agricultores- dijo, pronunciando la última palabra como si escupiera el mal sabor de una maldición.

-Me preocupa muy poco el orgullo que usted pueda sacar de este objetivo, pariente. He disfrutado de su desafío y lo elogio por el fuego de su corazón. Pero siga con ello y los archivos de la Sexta Legión lo registraran como el primero que rechazo cumplir las órdenes de su Primarca. ¿Es ese el legado que deseas para el 'Aullido de Fenris'?

Reinó un silencio repentino y agudo. Nadie estaba dispuesto hablar, ni siquiera 'Trece Estrellas Fugaces'.

-Eso es lo que pensaba- dijo Russ finalmente. -Les concedo el 'Damarchus' para su viaje a Terra. Esté listo para partir en doce horas.

El 'Aullido de Fenris' al completo se quedó inmóvil, sin decir nada, ni moverse.

Fue 'Sonriente Jaurmag' quien dio un paso hacia adelante, tomando el lugar de 'Trece Estrellas Fugaces'. Como jefe de guerra del 'Grito del Dragón Doliente', jarl de Tolv y maestro de muchas manadas, tenía derecho a hablar por cualquiera de ellos en un tribunal de guerreros.

Y eso es lo que iba a hacer.

-Mi rey- dijo mirando a Russ, con unos ojos tan grises como la tormenta que estaba sobre ellos.

-Tu rey te escucha, 'Sonriente Jaurmag'.

-Russ- dijo el jefe de forma severa y sin sonreír -no puede ser así. No puedo enviar a los guerreros de mi Compañía a cumplir una tarea que yo mismo me negaría a realizar. Si envía al 'Aullido de Fenris' a Terra en contra de su voluntad, yo viajare con ellos.

Mientras hablaba, el guerrero agarraba con una mano blindada un ajustado y deslustrado torque de bronce que portaba alrededor de su garganta. El propio Leman Russ fue quien había ajustado ese torque alrededor del cuello de 'Sonriente Jaurmag' cuando fue ascendido al mando de sus guerreros.

Por primera vez desde que el tribunal fuera convocado, el Primarca vaciló.

Eran raras las noches en la que sus hijos llegaban a sorprenderle, sin embargo, aquí, uno de los grandes señores de la guerra de la Legión estaba preparado para arrancarse el torque que indicaba su rango de su cuello, abandonando a todos sus guerreros para servir junto a una sola y díscola manada. El aire era frío y no era el frío del viento. 'Grito del Dragón Doliente' era una importante fuerza dentro de la Compañía de Tolv. Perder a una de sus manadas era algo casi insignificante, pero la pérdida de su líder era una historial totalmente diferente.

-Un noble sentimiento. Pero ¿quién ostentara el mando del 'Grito del Dragón Doliente' en su ausencia?

-No me importa. Mis sucesores lucharán por el torque.

Russ barajo interiormente las posibilidades de sucesión y las posibles respuestas, no le gusto ninguna de ellas. El tribunal de los guerreros había sobrepasado el punto donde las cosas podrían haber terminado bien. Decidió seguir su instinto, como hacía casi siempre. La intuición siempre le resulto muy útil.

-Que así sea. Irás con el 'Aullido de Fenris'.

'Sonriente Jaurmag' sacó el torque de su cuello, con el gemido silencioso del metal al ser forzado, arrojando el anillo al suelo, delante de las botas del Primarca. El silencio reinó durante unos latidos.

-Esto no es el exilio- dijo Russ una vez más. -Dijisteis que en esto no hay honor y aquí, en el consejo de los guerreros, vamos a decir la verdad. Tenéis razón parientes, no es ningún honor, no lo hay en absoluto. No es nada más que un gesto de diplomacia hacia el Sigilita. Él no puede poner guardianes sólo a algunos Primarcas. Debe ser a todos o a ninguno.

-Entonces, debería ser a ninguno- se atrevió a decir 'Sonriente Jaurmag'. Muchos de los jarls reunidos asintieron ante sus palabras. -El Padre de Todos no desearía que hiciéramos esto. No se nos…-

-El Padre de Todos trabaja en las catacumbas de Terra- la voz de Russ se convirtió en el raspado de una piedra de afilar. -El Regente gobierna en ausencia de mi padre. Que éste sea el fin de sus negativas.

Suavizo su tono, luchando contra el primer atisbo de la auténtica ira. -La cautela del Sigilita pasara con el tiempo. Un puñado de años, junto a mi hermano Dorn. Eso es todo lo que les pido.

-Bien, mi señor, porque es lo único que le estamos dando.- 'Trece Estrellas Fugaces' inclino su cabeza hacia atrás, dejando su garganta al descubierto, una sutil señal de sumisión. Sus hermanos de manada hicieron lo mismo. Ninguno de ellos encontró placer alguno en las palabras del Primarca, pero la aceptaron como fieles hijos. -Llámenos para volver pronto a la guerra, mi rey. No nos dejes morir pacíficamente en Terra.

Uno de los emisarios del Regente les esperaba a bordo del navío de guerra Damarchus. El prelado Quilym Yei era un hombre pequeño y delgado, vestía de negro y llevaba alrededor de su delgado cuello, como si se tratara de un amuleto, el estilizado sello de oro de Malcador. Su voz era átona hasta el punto de la monotonía, lo que divirtió y disgusto en igual medida al 'Aullido de Fenris'. No mostro miedo de ellos, lo que era extraño. En cambio, se mostró amable, como si considerara que era mejor no fastidiar a los bárbaros más de lo estrictamente necesario.

Era su deber, así que informó a los lobos que debía registrar los detalles de sus cuadros de honor hasta fecha, para una detallada entrada en los archivos de Terra. El trono recibía contabilidades e informes completos de cada una de las flotas expedicionarias del Imperio, incluyendo a las Legiones Astartes, listas y cifras de bajas, pero el flujo de información era lento y poco fiable en el mejor de los casos, dadas las distancias y las enormes cantidades de datos que se transferían de un lado a otro de la galaxia. Durante su retorno al sistema Solar y antes de que los guerreros de la Legión pisaran el sagrado suelo de Terra, debería crear una crónica completa sobré ellos.

Esta fue en la forma que los recibió en una de las cámaras de información de la nave, poco después de que llegaran a bordo. En respuesta, uno de la manada escupió sobre la cubierta, delante de él. En lugar de sentirse insultado, Quilym encontró un ligero atractivo en ese gesto irrespetuoso. Había estado estudiando la VI Legión y su primitivo mundo durante muchos años, sabía de muchos de los rituales de Fenris y de las tradiciones que llevaban consigo las filas de los Lobos Espaciales. Escupir no era un hábito sucio para ellos, de hecho para algunas tribus era una vieja superstición que alejaba la mala suerte. Para otros, era una forma de mostrar su desagrado, como negarse a escuchar las palabras de otro. En este caso en particular, Quilym sospechaba que podría ser un poco de ambas.

-¿Se sienten hostiles?- pregunto con una perfecta cortesía. -¿Asumo, que ustedes preferirían estar navegando hacía Prospero con su Legión, que hacer este viaje a Terra?

El lobo que había escupido negó con la cabeza. -Está demostrando su ignorancia, escribano. El Einherjar va primero a escuchar al Señor de la Guerra. Horus

Lupercal desea hablar con el ‘Señor del Invierno y la Guerra’. Solo después, el Rout viajara hacia la corte del Rey Carmesí.

Interesante, pensó el prelado. Malcador lo encontraría muy interesante.

-Por supuesto- respondió Quilym, con una voz absolutamente neutral. -Perdonad el desfase de mi información. Ahora, en cuanto a mi deber, si pudieran darme sus nombres y rangos, podríamos ponernos en marcha. Realizo una tarea agobiante, pero la totalidad de la Séptima Legión sufrió el mismo rigor.

-Cierra la boca- dijo uno de los lobos -o te mataré.

El prelado vaciló. El lápiz cibernético que sustituía su dedo índice izquierdo se cernió sobre la superficie rayada de su desgastada placa de datos. Les siguió observando, eran unos imponentes y descomunales guerreros, sucios, con anillos de hierro atados a sus trenzadas barbas y con sus rostros marcados con tatuajes de dentadas runas. Apestaban a sudor, aceite de armas y a viejas pieles caladas por la lluvia.

Tomó aire para responder y luego lo exhaló suavemente mientras todos los ojos color azul grisáceo de la cámara le miraban fijamente. Poco a poco, con calma, puso la placa de datos sobre la mesa central. Los lobos no le hicieron caso, mientras compartían entre ellos amargas sonrisas y gruñían palabras en su gutural idioma.

Quilym sufrió la indignidad de ser ignorado durante varios minutos. Se aclaró la garganta durante lo que esperaba que fuera un lapsus en la “conversación” de gruñidos y dientes.

-Todavía estás aquí- dijo uno de los lobos. Llevaba un hacha al hombro, un arma más alta que el propio Quilym. -¿Cómo es eso?

Pero el prelado no había llegado a su cargo, ciertamente modesto, dejándose intimidar tan fácilmente. Sobre todo, admiraba el orden y su deber era llevar ese orden donde quiera que fuera, no importaba donde. Él, a su manera, era tan responsable de llevar la paz y la estabilidad a la galaxia como esos barbaros revestidos de ceramita. Malcador no le había escogido para este viaje por mero capricho. El Sigilita confiaba en él, confiaba en su eficiencia.

-Necesito los detalles de sus cuadros de honor- dijo, manteniendo calmado su tono de voz, con esa suave manera de hablar con la que uno se dirigiría a una bestia salvaje para no encender su temperamento. -Si queréis que me vaya de vuestra presencia, entonces cooperad conmigo y me iré mucho antes. Vamos a comenzar con sus nombres y rangos, por favor.

El primero en hablar fue 'Sonriente Jaurmag'. Era un viejo de barba gris, lleno de cicatrices, su armadura de bronce lucia incrustaciones rúnicas en una de las varias docenas de lenguas regionales de su Fenris natal.

Hasta hacia muy poco tiempo, Jaurmag, era el señor de la guerra del 'Grito del Dragón Doliente', respetado jarl de un tolv, una vez que este tonto exilio fuera cosa del pasado, lucharía por volver nuevamente a su puesto. El 'Sonriente', sus parientes le habían dado ese nombre porque creían que su humor era tan sombrío y frío como el hielo que se aferra a las almenas del 'Aett'. Anteriormente, Jaurmag, había liderado seiscientos hombres a guerras bajo soles y lunas alienígenas, derramando océanos de sangre enemiga al servicio de Russ y del Padre de Todos. Ahora, cumpliendo su juramento y por fidelidad hacia los suyos, estaba compartiendo el destierro del 'Aullido de Fenris'.

Pero no dijo nada de eso. Esas eran cosas que un forastero no entendería.

En su lugar, dio un nombre y un rango que apenas significaban algo dentro de su Legión.

-Mi nombre es Jaurmag- dijo. -Señor del 'Grito del Dragón Doliente' y Comandante de la XII Gran Compañía.

El prelado Quilym se lamió sus finos labios mientras escribía sobre la placa de datos. Era evidente que se había perdido la burlona sonrisa que los lobos compartieron entre ellos.

El siguiente en hablar fue un Barbablanca, allí donde 'Sonriente Jaurmag' era simplemente canoso. Su barba estaba trenzada hasta el borde de su coraza y su rostro tenía el correoso bronceado de la piel vieja.

Su nombre era 'Trece Estrellas Fugaces', thegn del 'Aullido de Fenris'. Se le había otorgado ese nombre durante su décimo invierno, por la noche en la que derramo

su primera sangre enemiga, mientras llovía fuego del cielo sobre las tierras de su tribu. Era apenas un niño de la tribu Russ, cuando Leman asumió el gobierno y navegó por las estrellas junto a su Primarca, fue cuando el Padre de Todos les llamó para conquistar toda la creación junto a él.

Pero, al igual que 'Sonriente Jaurmag', no dijo nada de eso.

-Yo soy Kargir- dijo al prelado. -Sargento de la diecinueve escuadra.

Y así siguieron. Uno por uno, todo el 'Aullido de Fenris' dio los nombres que habían llevado cuando eran niños, manteniendo sus verdaderos nombres lejos de los oídos, y la pluma, del extranjero.

El siguiente en hablar vestía las pieles de un lobo de un color blanco sucio, marcado por rosadas manchas, era la sangre que había empapado la piel al haber tardado demasiado en rasparla, demasiado tarde para devolverlas a su pulcro aspecto.

Lo llamaban 'Eco de Tres Héroes', llamado así por su antiguo pariente, el mayor de la tribu Vakreyr, honrando así a los antepasados a los que tanto se parecía. Él había oído los susurros de los espíritus de sus antepasados cuando la sangre de sus enemigos silbo al contacto con la nieve.

-Soy Vaegr- dijo. -Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.

-¿Y tú?- preguntó el prelado al siguiente guerrero.

El pelo de este lobo era corto, lucía una rebelde mata de color marrón opaco sobre su cabeza. Su barba era corta, pero desigual, como si el guerrero hubiera hecho el trabajo del barbero a solas, con un cuchillo y sin espejo.

Él era conocido como 'Hijo de la Noche', en nombre de la negrura que lo engendró y la oscuridad donde fue parido. Cazaba sin ser visto. Mataba sin ser visto. Era la sombra que proyectaban sus Hermanos. La hoja que guardaba sus espaldas. El cuchillo bajo el muro de escudos.

-Ordun- dijo. -Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.

-¿Y usted?

El siguiente lobo llevaba en su cara los tatuajes más salvajes que hubiera visto, Letras rúnicas corrían como lágrimas por las comisuras de sus ojos, contando una historia en un lenguaje demasiado extraño como para que el prelado pudiera leerlo.

Lo llamaban 'Hijo de la Tormenta', llamado así por la tempestad que rugía sobre los barcos de madera de su tribu, en la noche que su madre lo empujó de su vientre. Dio su primer grito a los atronadores cielos mientras su madre utilizaba su propia espada para cortar el cordón que unía el bebe a su cuerpo. No existía augurio más oscuro que venir al mundo sobre un mar tormentoso, sin embargo, había prosperado en la vida y en la batalla. Las runas lágrimas que corrían por sus mejillas eran bendiciones chamánicas para alejar la mala suerte de su nacimiento. Y nunca le habían fallado.

-Brandwyn- dijo con la sonrisa de un mentiroso. -Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.

-¿Y usted?- solicitó Quilym al siguiente, el que había amenazado con matarlo. Estaba prácticamente cubierto, encapuchado con gruesas pieles y adornado con bandoleras repletas de granadas, el guerrero sonrió mostrando unos dientes de metal fijados a una mandíbula augmetica.

Él era 'Canción de Hierro', llamado así por su voz, tan defectuosa en el habla, a causa de las heridas en su cara, pero impecable en las canciones junto al fuego y durante las narraciones de sagas. Su mandíbula reconstruida era un recordatorio para todos, de lo que puede hacer el cabezazo de un enemigo con casco.

-Herek- dijo. -Sirvo en el pelotón del Sargento Kargir.

-¿Y usted?

El siguiente lobo tenía el pelo negro, llevaba su larga melena recogida detrás de la cabeza, al estilo de un cazador. Sus ojos eran de un azul frio, sin alma, como el pálido cielo del verano. Estaba usando una piedra de amolar para afilar los dientes de un hacha sierra que claramente no lo necesitaba. Habló con una voz mucho más suave que la de cualquiera de sus parientes.

-Soy 'Ningún Enemigo Permanece'.

El prelado levantó la vista de su placa de datos, frunciendo el ceño. -Eso no es un nombre.

'Ningún Enemigo Permanece' no parpadeó, miraba fijamente hacia atrás, ni enojado ni tranquilo, simplemente distante. -Es un nombre- dijo. -Y es mi nombre.

-¿Y cómo adquiere uno un nombre como… ese?

-Uno lucha…- respondió el guerrero. -Hasta que ningún enemigo permanezca con vida.

Quilym lamió sus labios una vez más, sin darse cuenta de cómo ese particular tic mostraba el estado de sus irritados nervios.

-Rykath- les interrumpió 'Trece Estrellas Fugaces'. -Su nombre es Rykath. También sirve en mi escuadra.

'Ningún Enemigo Permanece' volvió sus ojos hacia el líder de su manada, pero no dijo nada. El prelado recogió la información, tal y como era.

-¿Y tú?- preguntó Quilym al último de ellos.

El guerrero llevaba buena parte de la cabeza rasurada pero dos largas trenzas gemelas corrían por sus sienes, la parte posterior de su cráneo estaba encerrada en la protección de una capucha blindada, psíquicamente sensible. Las pieles de lobo que llevaba eran negras, mientras que las del resto de los lobos eran de color gris, marrón o blanco.

Era 'Lucha en el Invierno Final', portavoz de los espíritus y Sacerdote de guerra de las Runas, el Viento, la Helada y los Huesos. Había adquirido su nombre por su primera visión, cuando en ella vio el final de todas las cosas, en un tiempo futuro, cuando el triunfo del Padre de Todos se había convertido en cenizas. Él moriría antes que permitir que un futuro como ese pudiera suceder.

-Naukrin- dijo. -Soy lo que suele denominarse como un Bibliotecario- una sensación de extraña calma tomo forma en la cámara a raíz de esas palabras. -Me doy cuenta hombrecito de que usted no escribe esas palabras en su placa, como ha hecho con las de los otros. ¿Hay algún problema?

Quilym se encontró con la impávida mirada de los ojos del lobo. -El Edicto de Nikea…

-Ah…- 'Lucha en el Invierno Final' hizo una leve inclinación de cabeza, aparentemente respetuosa. -Tal vez debería haber dicho que "era" el bibliotecario. Ahora solo soy un Hermano más, usando únicamente mi bólter y mi espada. ¿Es una respuesta más satisfactoria?

El prelado toco con su pluma la superficie de la placa de datos, pero siguió sin hacer marca alguna. –Pero usted… sigue usando el equipo… de alguien que aún utilizaría sus poderes.

-¿Lo dice por mi corona de chamán?- 'Lucha en el Invierno Final' pasó sus dedos blindados por la capucha psíquica. -Quitarla sería faltarle al respeto al espíritu de mi armadura. Pero créame, no sirve para otra cosa.

Quilym tragó saliva y con una sorprendente dignidad, se puso en pie. –Lo siento, pero no puedo mentir.

Los lobos se acercaron. No como una marea blindada, ni con las armas o aullando, pero sí con una sutil mirada de soslayo, la de unos guerreros que desean hacer lo que mejor saben hacer. Las articulaciones y servos de sus armaduras ronronearon y gruñeron.

'Sonriente Jaurmag' hablo. -Ya le hemos dado toda la verdad que teníamos intención de darle, escribano. Anótelo y desaparezca de nuestra vista.

Quilym entrecerró sus ojos y dudo durante un momento.

-Muy bien- dijo finalmente. -Creo que es lo que voy a hacer, por ahora.

'Canción de Hierro' tecleó el código para bloquear el mamparo, una vez que el orgulloso escribano de Malcador hubo salido. Exhaló a través de sus dientes de metal, resoplando con irritación canina.

-Tres meses- dijo a sus parientes. -Tres meses hasta Terra y eso sólo si las mareas nos son propicias. Tres meses con este pequeño roedor entrometido.

‘Trece Estrella Fugaces’ miro hacia la puerta sellada como si pudiera mirar por un agujero a través del plastiacero. Sus pensamientos trataban sobre el prelado, eran oscuros y perturbadores.

-Él nos ha mentido a nosotros, así como nosotros le hemos mentido a él. No es un simple escribano. Nuestro pequeño prelado lleva sobre él el hedor del círculo íntimo de Malcador. Si no forma parte del mismo, al menos anda por las mismas cámaras que los que sí lo son. Tengan todos cuidado con él.

Gestos de asentimiento respondieron a su orden.

-Tres meses- dijo ‘Canción de Hierro’ nuevamente. -Tres meses, mientras el Einherjar navega a detener a Magnus el Tuerto sin nosotros. ¡Qué historia podría hacer! Qué saga… y me lo debo perder, para ser encadenado y despachado a esta pérdida de tiempo sin valor. Por favor, díganme que todo esto no es más que una maldita broma.

‘Hijo de la Noche’ estaba lanzando su cuchillo al aire, capturándole a la perfección al final de cada caída.

-Me temo que en Terra nos espera una acogida aun más fría, parientes. El Señor Dorn, de la noble VII, va estar casi tan contento de vernos como nosotros de verle a él.

No llego ninguna respuesta a esa inoportuna verdad. ‘Hijo de la Tormenta’ contempló la puerta sellada, luego miro hacia atrás, hacia sus parientes. Una lenta sonrisa amaneció por su barba.

-¿‘Ningún Enemigo Permanece’?- dijo, alzando su áspera voz de roble, en una perfecta imitación de los airados tonos del prelado. -Eso no es un nombre.

La manada, junto a su jefe de guerra, compartieron su primera risa franca desde que el ‘Señor del Invierno y la Guerra’ les había comunicado que iban a ser desterrados a Terra. Incluso ‘Sonriente Jaurmag’ río, aunque fiel a su nombre, la suya fue la más breve de todas.

FIN DEL RELATO